

EL PAPEL DE LOS LAICOS EN LA IGLESIA

Por Lic. Roberto Cortés

Releyendo el Evangelio de Mateo, encontramos en u capítulo 28, 19-20, en boca del mismo Cristo, el siguiente mandato: “Vengan, pues y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado”.

Este envío del Señor a todos nosotros en el momento de nuestro bautismo, es el inicio de nuestro compromiso de vida como miembros del cuerpo de Cristo. A partir del bautismo, **“en el cual nacemos de nuevo como hijos de Dios, estamos obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibimos de Dios por medio de la Iglesia y de participar en la actividad apostólica y misionera del pueblo de Dios”.** (Cat. Ig. 1270)

Por lo tanto, nosotros los laicos, al decir de Pío XII, estamos en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia, somos Iglesia bajo la guía del Papa y los pastores, somos sarmientos radicados en Cristo, verdadera Vid que nos comunica vida y fecundidad.

Conscientes de esto, los laicos hemos ido asumiendo poco a poco dentro de la Iglesia un protagonismo tan vital, que ya empieza a notarse de modo significativo en algunas iglesias particulares, sobre todo de América Latina.

Si a esto se le suman las nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, que reclaman hoy, con fuerza muy particular ña acción de los laicos, nos damos cuenta de que si el no comprometerse siempre ha sido algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. “A nadie le es lícito permanecer ocioso”. Adentrados en esta realidad, los laicos, por razón de su estado o vocación, comenzaron a agruparse, siempre dependiente de la Iglesia, en asociaciones, grupos y “movimientos”.

Los miembros de estos movimientos, le agregan al compromiso adquirido por el bautismo, el compromiso que hacen en virtud de la pertenencia a un movimiento laical especializado y es por ello que la Iglesia en su sabiduría ha permitido y alentado la profusión de los mismos, ya que cuenta con una cantera inagotable de colaboradores en la realización de su apostolado.

Estos movimientos reúnen a los fieles laicos de acuerdo con su vocación, ya sea: carismáticos, cursillistas, encontrados, trabajadores, de mujeres, etc. Cada cual con su mística, su estilo, su espiritualidad, dirigen y encauzan la acción apostólica y el compromiso de sus miembros, dándole además los principios, los criterios y las líneas que motivan y le dan el sentido de pertenencia y cohesión.

Dentro de sus objetivos esta la formación de sus miembros y buscar la participación activa en la acción evangelizadora de la Iglesia dentro de su campo de actuación apostólica y a la vez participar de manera especial en el desarrollo de la vida eclesial de su iglesia particular (entiéndase Iglesia Diocesana e Iglesia Parroquial).

La Iglesia Diocesana, bajo la guía del Obispo Diocesano, tiene la misión de empezar y fomentar el encuentro de todos los miembros del pueblo de Dios con Jesucristo, en el respeto y promoción de la pluralidad y de la diversidad que no obstaculizan la unidad, sino que le confieren el carácter de comunión (Eclesia in América, 36, 119-120).

Ahora bien, esta comunión eclesial encuentra su expresión más visible en la parroquia.

La parroquia tiene la misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana, de adelantar la inculturación de la fe en la familia, en los grupos y movimientos apostólicos, y a través de todos ellos, a la sociedad. (IV Conf. Sto. Domingo, Episcop. Latin, No. 5)

¿Cómo ha de ser la vinculación con nuestra parroquia? Pues llamo la atención sobre esta frase sacada del Decreto sobre el apostolado de los laicos: “la comunicación y la participación de los fieles laicos en la vida de la parroquia son tan necesarios que, sin ella, el mismo apostolado de los pastores no podría alcanzar, la mayor parte de las veces, su plena eficacia”.

Nosotros debemos estar cada vez más convencidos de la gran significación que tiene el hecho de asumir el compromiso apostólico en nuestra parroquia.

Es cierto que todo trabajo pastoral de la parroquia es máxima responsabilidad del sacerdote, pero los laicos estamos llamados a insertarnos efectivamente en una pastoral de conjunto, no como meros ejecutores de directivos pastorales, sino como colaboradores activos en la planificación, ejecución y control de todos los proyectos parroquiales, por lo que la acción pastoral de la Iglesia como forma concreta de anunciar el Evangelio, es también responsabilidad de los laicos.

Y es aquí donde los laicos, miembros de los movimientos, grupos y asociaciones intervienen en la vida de su comunidad parroquial, siendo motores e impulsores del trabajo apostólico, ya sea siendo catequistas de niños o adultos, participando activamente en la liturgia: motivando a la lectura de la Palabra de Dios, ayudantes al altar, promoviendo la formación de coros, visitando enfermos, hospitales, asilos, apoyando e integrando la Pastoral Juvenil y la Pastoral Familiar: cursos prematrimoniales, escuela de padres, escuela de novios, contribuyendo a la formación del pueblo de Dios mediante cursos, jornadas, charlas, encuentros, convivencias; formando parte de las misiones parroquiales y otras obras más.

O sea, los fieles laicos miembros de los grupos y movimientos tienen una doble función: cumplir con las obligaciones inherentes a sus grupos respectivos y cumplir con el quehacer pastoral de su comunidad parroquial.

Los laicos tenemos que habituarnos a trabajar en nuestra parroquia en íntima comunión con los sacerdotes.

Por lo tanto, no se concibe, no se entiende un laico comprometido que esté totalmente ocupado con las tareas de su movimiento y que abandone las tareas pastorales que reclaman de su colaboración, de su entusiasmo y de su testimonio de vida.

Les exhorto, pues, hermanos, a integrarse plenamente en sus respectivas parroquias, para así, de esta forma, fortalecer nuestra fe, celebrar el culto junto a nuestros hermanos, vivir la caridad fraterna y dinamizar la acción misionera, poniendo cada cual la riqueza y la versatilidad de cada una de nuestras asociaciones, grupos o movimientos, cumpliendo en definitiva la finalidad que las anima: participar responsablemente en la misión que tiene la Iglesia de llevar a todos el Evangelio de Cristo como manantial de esperanza para el hombre y de renovación para la sociedad. (Ch.1.29)